

Dashiell Hammett

# La maldición de los Dain



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Dain Curse*  
Traducción: Fernando Calleja

Esta obra fue publicada por primera vez en Estados Unidos en forma de libro por Alfred A. Knopf, Inc.

Primera edición: 1978  
Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1928, 1929 by Alfred A. Knopf, Inc. Renewed by Dashiell Hammett  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-101-5  
Depósito legal: M. 5.678-2018  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## Primera parte: Los Dain

- 13 1. Ocho diamantes
- 22 2. El hombre de la nariz larga
- 31 3. Algo oscuro
- 45 4. Los Harper o la ambigüedad
- 52 5. Gabrielle
- 68 6. El hombre de la Isla del Diablo
- 76 7. La maldición
- 88 8. «Pero» y «si»

## Segunda parte: El Templo

- 97 9. El ciego y el sombrero
- 108 10. Flores marchitas
- 123 11. Dios
- 137 12. El Grial malévolo

## Tercera parte: Quesada

- 155 13. El camino del acantilado
- 168 14. El Chrysler estrellado
- 180 15. Yo le he matado
- 192 16. La cacería nocturna
- 206 17. Más allá de Punta Roma
- 216 18. Bomba de mano
- 226 19. La degenerada

241	20.	La casa de la caleta
256	21.	Aaronia Haldorn
271	22.	Confesiones
286	23.	Función de circo

*A Albert S. Samuels*



Primera parte  
Los Dain



## 1. Ocho diamantes

Aquella chispa que destellaba entre la hierba a poco menos de dos metros del sendero de ladrillo azulado, era, indudablemente, un diamante. Un diamante pequeño, de un cuarto de quilate como mucho, y sin montar. Me lo guardé en el bolsillo y empecé a escudriñar el césped tan minuciosamente como pude sin ponerme a gatas.

Ya había rebuscado en unos dos metros cuadrados de tierra húmeda cuando se abrió la puerta de la casa de los Leggett.

Salió una mujer, se detuvo sobre el amplio descansillo de la escalerilla de piedra y me miró desde allí arriba con placentera curiosidad.

Tendría mi edad, cuarenta años, y era de cabello rubio oscuro, llena y simpática cara y rosadas mejillas con ho-

yuelos. Llevaba un vestido de casa con un dibujo de flores de verbena sobre fondo blanco.

Suspendí el escrutinio de la hierba y me acerqué a la mujer para preguntarle:

—¿Está míster Leggett en casa?

—Sí. —Su voz era tan agradable como su rostro—. ¿Quiere usted verle?

Dije que sí quería.

Me sonrió, y también al césped.

—Es usted otro detective, ¿verdad?

Reconocí que lo era.

Me condujo a una habitación verde, anaranjada y color chocolate del primer piso, me acomodó en un sillón con tapicería de brocado y se dirigió al laboratorio en busca de su marido. Mientras aguardaba, examiné la estancia y llegué a la conclusión de que la alfombra anaranjado mate bajo mis pies era, a buen seguro, verdaderamente persa y verdaderamente antigua; que los muebles de nogal no estaban tallados a máquina, y que los grabados japoneses de las paredes no habían sido escogidos por alguien propenso a la tacañería.

Edgar Leggett entró en la habitación diciendo:

—Perdone que le haya hecho esperar. Me ha sido imposible dejar lo que estaba haciendo. ¿Ha descubierto usted algo?

Tenía la voz sorprendentemente áspera y ronca, aunque su actitud era amable. Era un hombre cetrino, bien plantado, de unos cuarenta y cinco años, enjuto pero musculoso y de estatura corriente. Podía haber sido guapo si su cara no hubiese estado marcada con hondas y muy señaladas arrugas que le cruzaban la frente y par-

tían de las aletas de la nariz para acabar en las comisuras de los labios. El pelo, oscuro y largo, se ondulaba por encima y alrededor de la amplia frente surcada de arrugas. Los ojos, de un color castaño rojizo, relucían con desusado brillo tras las gafas de concha. Su nariz era larga y delgada. Los labios, movedizos y de marcados contornos, trazaban una fina línea por encima de una barbilla pequeña y descarnada. Sus ropas, negras y blancas, eran de esmerada confección y estaban bien cuidadas.

–Todavía no –dije, contestando su pregunta–. No pertenezco a la policía: soy de la Agencia Continental; trabajo por cuenta de la compañía de seguros. Acabo de empezar.

–¿Compañía de seguros? –preguntó, sorprendido y subiéndole las oscuras cejas por encima de los oscuros aros de los anteojos.

–Sí. ¿No sabía...?

–Claro –dijo, sonriendo y cortando mi frase con un ademán apenas insinuado.

Tenía las manos finas y alargadas, con dedos de abultadas yemas, feas, como suelen ser las manos especializadas.

–Claro –añadió–. Estarían asegurados. No había pensado en eso. No eran míos los diamantes, ¿sabe? Eran de Halstead.

–¿Halstead y Beauchamp? La compañía de seguros no me dio detalles. ¿Tenía usted los diamantes en depósito con opción de compra?

–No. Los estaba utilizando para unos experimentos. Halstead conocía mis trabajos con el cristal, varios procedimientos de coloración, manchado y teñido, después

de fabricado, y le interesó la posibilidad de aplicarlos a los diamantes, sobre todo para mejorar el colorido de las piedras imperfectas eliminando de ellas los reflejos amarillentos y oscuros y destacando los azules. Me pidió que lo intentara y hará unas cinco semanas que me entregó esos diamantes para los ensayos. Eran ocho, y ninguno de ellos valía mucho. El mayor de todos apenas pasaba del medio quilate, otros tenían un cuarto de quilate y, salvo dos de ellos, ninguno era de buen color. Esas son las piedras que se llevó el ladrón.

—Entonces, ¿no tuvo usted éxito? —le pregunté.

—Pues no, francamente. No había conseguido nada. Este era un asunto mucho más delicado y con un material muy resistente a los cambios.

—¿Dónde los guardaba usted?

—Generalmente, en ningún sitio, aunque, claro, siempre estaban en el laboratorio; pero desde hace unos días, desde el fracaso de mi último experimento, estaban encerrados en un armarito.

—¿Quién está enterado de los experimentos?

—Puede estarlo cualquiera. No se trata de ningún secreto.

—¿Los robaron del armarito?

—Sí. Esta mañana encontramos abierta la puerta de la casa y el cajón del armarito forzado. Los diamantes habían desaparecido. La policía encontró huellas en la puerta de la cocina. Dicen que el ladrón entró por allí y salió por la puerta principal. Nosotros no oímos nada anoche. Y no faltaba nada más.

—Esta mañana —dijo entonces mistress Leggett desde el umbral—, cuando bajé, la puerta principal estaba abierta

de par en par. Subí al primer piso, desperté a Edgar, registramos la casa y descubrimos que los diamantes no estaban. La policía cree que el hombre que vi tiene que haber sido el ladrón.

Pregunté acerca del hombre que había visto.

—Fue anoche, alrededor de las doce, cuando abrí las ventanas de la alcoba antes de acostarme. Vi a un hombre parado en la esquina. No puedo decir, ni siquiera ahora, que su aspecto fuera especialmente sospechoso. Estaba allí como si aguardase a alguien, mirando en esta dirección, pero no me dio la impresión de que estuviera vigilando la casa. Me pareció un hombre como de cuarenta años cumplidos, más bien bajo y ancho de espaldas, algo así como usted, pero con bigote castaño sin recortar y estaba pálido. Llevaba sombrero flexible y abrigo oscuros, yo diría marrones. La policía cree que se trata del mismo hombre que vio Gabrielle.

—¿Quién?

—Mi hija Gabrielle. Cuando volvía, ya tarde, a casa, por la noche, creo que fue el sábado, vio a un hombre que le pareció que venía de la escalerilla del jardín, pero no estaba segura de ello, y no volvió a acordarse de él hasta después del robo.

—Me gustaría hablar con ella. ¿Está en casa?

Mistress Leggett salió a buscarla.

—¿Estaban sueltos los diamantes? —pregunté a Leggett.

—Estaban sin montar, naturalmente, en unos sobrecitos de papel tela con el membrete de Halstead y Beauchamp, cada uno en un sobre, con un número y el peso de la piedra escrito a lápiz. También han desaparecido los sobres.

Volvió mistress Leggett con su hija. Era una muchacha de veinte años o menos. Llevaba un vestido de seda blanco y sin mangas. De estatura mediana, parecía más delgada de lo que realmente era. Tenía el mismo pelo ondulado de su padre y no mucho más largo, pero de un color castaño bastante más claro. Tenía puntiaguda la barbilla y la piel suave y blanquísimas; y, de sus facciones, sólo sus ojos, de color castaño verdoso, eran grandes; la frente, la boca y los dientes, eran de singular pequeñez. Me puse de pie para serle presentado y la interrogué acerca del hombre que había visto en la calle.

—No estoy segura de que viniera de la puerta de la casa —me dijo—, y ni siquiera del jardín. —Se mostraba huraña, como si le molestara ser interrogada—. Yo pensé que quizá venía de ahí, pero sólo vi que venía por la calle.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé. Estaba oscuro. Yo estaba en el coche y pasó de largo. No me fijé gran cosa en él. Sería aproximadamente de su estatura. Pudo haber sido usted.

—No era yo. ¿Eso fue el sábado por la noche?

—Sí; es decir, el domingo de madrugada.

—¿A qué hora?

—Pues como a las tres, o más —dijo impacientemente.

—¿Estaba usted sola?

—¡Qué pregunta!

Le pregunté quién la acompañaba y al fin conseguí un nombre: Eric Collinson la había traído a casa en el coche. Indagué dónde podría encontrar a Collinson, frunció el ceño, vaciló y acabó por decirme que trabajaba con Spear, Camp y Duffy, agentes de bolsa. Dijo también que tenía un horrible dolor de cabeza y que esperaba que la excusara, ya que, indudablemente, no tenía más

preguntas que hacerle. Y con esto, sin aguardar mi posible réplica, dio media vuelta y salió de la habitación. Cuando nos volvió la espalda, advertí que no tenía lóbulos en las orejas y que éstas eran extrañamente puntiagudas.

—¿Y la servidumbre? —pregunté a mistress Leggett.

—Sólo tenemos una muchacha, Minnie Hershey, una negra. No duerme aquí, y estoy segura de que no tuvo nada que ver con el asunto. Lleva casi dos años con nosotros y puedo responder de su honradez.

Dije que me gustaría hablar con Minnie y mistress Leggett la hizo venir. La criada era una mulata pequeña y vigorosa, de cabellos negros y lacios y facciones oscuras de india. Se mostró muy cortés y muy insistente en que no había tenido nada que ver con el robo de los diamantes ni había sabido nada de él hasta que llegó a la casa aquella mañana. Me dio su dirección en el barrio negro de San Francisco.

Leggett y su mujer me condujeron al laboratorio, vasto aposento que ocupaba las cuatro quintas partes del segundo piso. Colgaban gráficos y tablas entre las ventanas, en el muro enjalbegado. El suelo de madera, estaba al descubierto. Un aparato de rayos X, o algo semejante, cuatro o cinco artefactos más pequeños, un horno, un amplio lavabo, una espaciosa mesa de cinc, otras más pequeñas, soportes, anaqueles para el cristal, depósitos metálicos en forma de sifón... Este tipo de objetos llenaban la mayor parte de la habitación.

El armarito del que habían desaparecido los diamantes era de acero pintado de verde y tenía seis cajones que quedaban cerrados simultáneamente con una sola llave. El segundo de ellos empezando por arriba, en el que ha-

bían estado los diamantes, estaba abierto. Sus bordes aparecían abollados donde una palanqueta y un cortafríos fueron introducidos a la fuerza en las juntas. Los demás cajones seguían cerrados con llave. Me dijo Leggett que, al ser forzado el cajón de los diamantes, se había estropeado el mecanismo del cierre, por lo cual tendría que encargar a un cerrajero que abriera los otros cajones.

Bajamos, atravesamos una habitación donde la mulata estaba paseándose detrás de un aspirador y de allí pasamos a la cocina. La puerta de atrás y su marco mostraban señales muy parecidas a las del armarito de arriba, probablemente debidas a las mismas herramientas.

Cuando hube acabado de examinar la puerta, saqué del bolsillo el diamante y se lo mostré a los Leggett preguntando:

—¿Es éste uno de ellos?

Lo tomó Leggett de la palma de mi mano, entre el pulgar y el índice, lo examinó al trasluz, le dio un par de vueltas y dijo:

—Sí. Reconozco el punto opaco que tiene en la base. ¿De dónde lo ha sacado?

—Estaba en el jardín de enfrente, en el césped.

—¡Ah, conque nuestro ladrón dejó caer parte del botín con las prisas!

Dije que lo dudaba.

Arrugó Leggett el entrecejo tras las gafas, me miró con los ojos algo entornados y me preguntó en tono incisivo:

—¿Qué cree entonces?

—Que lo dejaron allí a propósito. Su ladrón sabía demasiadas cosas. Sabía a qué cajón dirigirse. No perdió el tiempo con ninguna otra cosa. Los detectives siempre

dicen: «asunto interno», porque les ahorraría trabajo tener al culpable tan a mano. Pero en este caso es lo único que puedo imaginar.

Apareció Minnie en la puerta, aún con el aspirador, y comenzó a protestar diciendo que ella era una chica honrada y nadie tenía derecho a acusarla de nada, y que podían registrarla a ella y su casa si querían, y que el ser negra no constituía ningún motivo, y que si patatín y que si patatán. No todo lo que dijo se entendió, pues seguía zumbando el aspirador, y ella sollozaba mientras hablaba, corriéndole las lágrimas por las mejillas.

Mistress Leggett se acercó a ella, le dio unas cariñosas palmadas en el hombro y le dijo:

–Vamos, vamos, Minnie; ya sé que tú no tuviste nada que ver con ello, y todos lo sabemos. No llores, criatura.

Al fin logró cerrarle el grifo a la chica y le ordenó subir al piso de arriba.

Leggett se sentó sobre un ángulo de la mesa de la cocina y me preguntó:

–¿Sospecha usted de alguien de la casa?

–De alguien que la conoce, sí.

–¿De quién?

–Todavía de nadie.

–Eso –dijo, mostrando al sonreír unos dientes muy blancos y casi tan pequeños como los de su hija– quiere decir que sospecha de todos nosotros.

–Vamos a seguir buscando entre la hierba –le propuse–. Si encontramos más diamantes, tal vez le diga que me equivoqué sobre lo del «asunto interno».

Cuando atravesábamos la casa hacia la puerta de entrada, vimos a Minnie, con un abrigo pardo y un som-

brero morado, despidiéndose de su señora. Entre lágrimas, dijo que no estaba dispuesta a trabajar en una casa en la que alguien pensase que ella había robado algo. Pues ella era tan honrada como la que más y bastante más honrada que muchas, y tenía derecho a que la respetaran tanto como a cualquiera, pues no faltaba más, y si no lo hacían en una casa ya lo harían en otra, que no le faltaban a ella casas donde nadie la acusaría de robar al cabo de dos años de trabajar en ella sin haber cogido ni una mala rebanada de pan.

Mistress Leggett le suplicó, razonó, regañó, ordenó... mas todo fue en vano. La chica morena estaba decidida, y se marchó.

Mistress Leggett me miró procurando que su amable cara adoptara el gesto más severo posible y me dijo en tono de reproche:

—¿Ve usted lo que ha hecho?

Le manifesté que lo sentía, y su marido y yo salimos a examinar el césped. No encontramos más diamantes.

## 2. El hombre de la nariz larga

Empleé un par de horas en hacer preguntas a las gentes de la vecindad tratando de saber algo más acerca del hombre visto por mistress Leggett y por su hija. No tuve suerte con ése, tuve noticias de otro. Una tal mistress Priestly —una mujer pálida y medio inválida que vivía a tres casas de los Leggett— fue la primera en hablarme de él.

Cuando no podía dormir, mistress Priestly tenía la costumbre de sentarse de noche junto a una ventana que

daba a la calle. En dos de estas noches había visto al hombre. Me dijo que le pareció joven y alto, y que caminaba con la cabeza echada hacia delante. La luz de la calle no era suficiente para percibir la forma y colorido de su vestimenta.

Lo había visto por primera vez hacía una semana. Pasó calle abajo y calle arriba, por la acera de enfrente, cinco o seis veces, a intervalos de unos quince o veinte minutos, con la cara vuelta como si estuviese vigilando algo en el lado de la calle en que vivía mistress Priestly, y también los Leggett. Ella pensaba que serían entre las once y las doce de la noche la primera vez que le vio, y que pasó por allí por última vez a eso de la una. Varias noches después, el sábado, volvió a verle, esta vez parado en la esquina, a eso de medianoche. Se alejó al cabo de unos treinta minutos, y mistress Priestly no le había vuelto a ver.

La mujer conocía de vista a los Leggett, pero sabía poco de ellos, aunque había oído decir que la hija era algo alocada. Parecían ser buena gente, pero poco dados a hacer amistades. Leggett se mudó a la casa en 1921, sin más compañía que la del ama de llaves, una tal mistress Begg, la cual, según mistress Priestly tenía entendido, estaba ahora en casa de una familia llamada Freemander, en Berkeley. Mistress Leggett y Gabrielle no habían venido a vivir con Leggett hasta 1923.

Mistress Priestly me dijo que la noche anterior no había estado sentada a la ventana y, por lo tanto, no había visto al hombre que mistress Leggett vio en la esquina.

Un vecino llamado Warren Daley, que vivía en la acera de enfrente y cerca de la esquina donde mistress Leggett había visto a su hombre, cuando estaba cerrando las

puertas de la casa, el domingo por la noche, había sorprendido a un hombre –aparentemente el mismo– en el porche. Daley no estaba en casa cuando yo fui; pero su esposa, después de contarme eso, lo llamó por teléfono para que hablara conmigo.

Daley me dijo que el hombre estaba en el porche vigilando a alguien u ocultándose. Tan pronto como Daley abrió la puerta, el hombre salió corriendo calle abajo sin atender al «¿Qué está haciendo aquí?» de Daley. Éste describió al hombre como de treinta y dos o treinta y tres años, bastante bien vestido, con ropas oscuras, y de nariz larga y puntiaguda.

Y esto fue todo lo que pude sacarle a la vecindad. Luego fui a las oficinas de Spear, Camp y Duffy, en Montgomery Street, donde pregunté por Eric Collinson.

Era éste joven, rubio, alto, ancho, bronceado y de calculada elegancia, con el rostro bien parecido y poco despierto de quien probablemente sabe cuanto hay que saber de polo, o de cacerías, o de aviación, o de algo por el estilo –quizá hasta sobre dos cosas por el estilo– y poco acerca de cualquier otra cosa. Tomamos asiento en mullidos sillones de cuero en la sala de visitas, ahora, por haber cerrado ya la bolsa, desierta salvo por la presencia de un escuchimizado mozuelo atareado en borrar y escribir cifras en un encerado. Hablé a Collinson del robo y le pregunté acerca del hombre que miss Leggett y él vieron el sábado por la noche.

–Por lo que pude ver, era un tipo corriente. No había bastante luz. Parecía bajo y gordo. ¿Usted cree que él se los llevó?

–¿Venía de casa de los Leggett? –pregunté.

—Por lo menos, del jardín. Parecía nervioso, y por eso se me ocurrió que quizá había estado metiendo las narices donde no debiera. Quise alcanzarle y preguntarle qué hacía por allí, pero Gaby no me dejó. Tal vez se trataba de algún amigo de su padre. ¿Se lo ha preguntado usted? Se relaciona con gente muy rara.

—¿No era un poco tarde para estar de visita?

Rehuyó mi mirada, así que pregunté:

—¿Qué hora era?

—Medianoche, diría yo.

—¿Medianoche?

—Eso es. La hora en que las tumbas se abren para dejar salir a los muertos y aparecen los fantasmas.

—Miss Leggett me dijo que eran más de las tres.

—¡Para que vea! —dijo con aire guasón y triunfal, como si acabara de demostrar una cosa que hubiésemos estado discutiendo—. No ve tres en un burro, pero no le da la gana de ponerse gafas por miedo a estar fea. Siempre está cometiendo equivocaciones así. Juega horribilmente al *bridge*, porque confunde los doses con los ases. Probablemente serían las doce y cuarto y tomó una manecilla por otra.

—Es una pena —comenté yo—. ¡Gracias!

Y fui a la joyería de Halstead y Beauchamp, en la Geary Street.

Watt Halstead era un hombre almibarado, pálido, calvo, gordo, con ojos cansados y el cuello de la camisa demasiado apretado. Le expliqué lo que me ocupaba y le pregunté hasta qué punto conocía a Leggett.

—Le conozco como buen cliente y por su renombre científico. ¿Por qué lo pregunta?